

tos históricos con reflexiones, consideraciones personales, clasificaciones, consejos, avisos e incluso advertencias. Son aportaciones llenas de interés, que ofrecen un componente crítico y un motivo de reflexión. De hecho, al igual que Ratzinger, concibe el quehacer teológico como una síntesis de fe, razón y vida, lo cual le lleva a mostrar una postura abierta y optimista frente a la Ilustración. Esto constituye un dato actual y positivo, si bien en algunas ocasiones el autor abandona su habitual talante crítico. No todo en la modernidad es igualmente positivo, tal como ha demostrado también la historia reciente.

Ofrece en primer lugar una semblanza de la aportación de la teología española (pp. 368-397), donde –al hilo de algunos autores y entre otras cosas– destaca la capitalidad cultural de la ciudad sobre el Tormes y la «teología arrodillada» inspirada en Juan de la Cruz e Ignacio de Loyola, así como la reivindicación de la razón en la teología. Olegario nos ofrece también una selección de libros que van desde *La esencia del cristianismo* (1900) de Adolf Harnack hasta *La religión de los primeros cristianos* (2000) de Gerd Theisen (pp. 398-456). Este apartado resulta interesante no solo por el recorrido histórico-bibliográfico, sino también por la historia de la recepción de esos libros en España y para conocer las «afinidades electivas» del autor.

Con todo esto nos ofrece un buen marco interpretativo, que nos ayuda a comprender los juicios y valoraciones que hará sobre la teología española en la segunda mitad del

siglo XX. En primer lugar, se ocupa de la situación de la Iglesia en España (pp. 234-396), con valoraciones personales de especial interés histórico. Después, se ocupa de modo más claro de la teología española (pp. 25-120), con una clara insistencia en las raíces europeas en la primera mitad de siglo. Completan este cuadro un texto de 1963 sobre la libertad religiosa –con un comentario reciente–, y otros de 1988 sobre la teología en el primer posconcilio español, sobre la situación de la teología en la universidad estatal, así como algunas previsiones de futuro. Un anexo bibliográfico y onomástico –necesariamente incompleto– remata estas páginas (pp. 549-567).

El libro ofrece de este modo un retrato del pasado, a la vez que una sobria descripción de acontecimientos ocurridos en la Iglesia española que podrían ser considerados dramáticos (no se habla apenas, por ejemplo, de la crisis de vocaciones en este medio siglo). Está presente también una cuestión de método o perspectiva: da la impresión de que el teólogo salmantino ofreciera a veces una visión de la realidad eclesial más dialéctica e ideológica que pluralista y comunitaria, si bien esta postura se encuentra matizada por el sentido del equilibrio. Así, por ejemplo, no parece estar muy abierto a nuevos carismas y realidades eclesiales. Esto provoca que estas páginas más «memoria» que «prospectiva».

Pablo BLANCO
Universidad de Navarra

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *El clero en la Segunda República*.
Madrid 1931-1936, Monte Carmelo, Burgos 2011, 483 pp.

El investigador de la Universidad de Navarra, José Luis González Gullón, nos ofrece una monografía, fruto de su tesis doctoral,

que llena un vacío historiográfico importante y que puede servir de modelo para investigaciones paralelas en otros lugares de España

como ya hiciera en su día Antón Pazos con su libro *El clero Navarro, 1900-1936* (1990).

En este caso el estudio se circunscribe a un obispado clave como el de Madrid, no solo por sus implicaciones eclesiásticas (número de sacerdotes, distintas jurisdicciones: ordinaria, palatina, castrense, nunciatura...) sino también sociales y políticas, y además en una época, la de la Segunda República, que concluirá trágicamente para el estamento clerical.

Esta investigación ha sido posible gracias al acceso al Archivo Central de Curia de la Archidiócesis de Madrid (ACCAM), al Archivo Histórico de la Diócesis de Madrid (AHDm) y una decena de otros archivos –más accesibles, pero no por ello menos ricos– radicados en la capital. También se han consultado cinco archivos parroquiales del centro histórico de Madrid. Estas fuentes, junto con la consulta de las publicaciones periódicas de la época y algunas entrevistas a protagonistas, dan al volumen un peso importante desde el punto de vista científico y erudito.

El volumen está dividido en cuatro capítulos. El primero, titulado *Un grupo sociocultural*, es un estudio sobre las características comunes a la «clase sacerdotal»: formación, relaciones con la autoridad eclesiástica, asociacionismo y redes de amistad, ingresos, gastos y un estudio numérico y por edades del clero residente en Madrid.

El segundo capítulo abarca la presencia y acción del clero en la sociedad... un estudio que podría dar respuesta a las violencias sufridas en la Segunda República y en la Guerra Civil. En definitiva, como y dónde ejercen su ministerio y qué les mueve a hacerlo. Este ca-

pítulo proporciona una geografía eclesiástica (acompañado de unos mapas que hablan por sí solos) y una descripción organizativa muy interesante para posteriores interpretaciones sobre el papel de la Iglesia en esa época.

El tercer capítulo se centra en el pensamiento y la vida política. Este apartado resulta más conocido y el autor explica la reacción de la Iglesia (a nivel jerárquico) a la instauración de la República y la respuesta a las leyes anticlericales. También se ve el papel de las derechas y el tradicionalismo, los partidos políticos y finalmente, los sacerdotes diputados en Cortes.

El anticlericalismo en la calle, es el título del último capítulo donde se repasan cronológicamente las violencias anticlericales de la época republicana y como se vieron y vivieron desde dentro por parte de las instituciones, jerarquías y elementos eclesiásticos. Por último, vale la pena destacar las valientes conclusiones, no estadísticas sino interpretativas, que saca el autor y que no se pueden desgranar en esta breve reseña.

El libro cuenta con unos cuadros explicativos (hasta 11) donde se proporcionan todos los datos necesarios para conocer el Madrid religioso del momento. Igualmente, es de agradecer el índice onomástico, así como el elenco de fuentes documentales y bibliografía.

En resumen, un libro de consulta obligada más allá de las posiciones personales, que demuestra que los archivos siempre hablan cuando se les interroga correctamente.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra